

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID.

Por un mes. 6 reales.
 Por tres id. 16
 Por seis id. 32
 Por un año. 60

La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

Para todo lo concerniente á la Administracion, dirigirse al Administrador D. Sebastian Casellas y Segura.



PRECIO DE SUSCRICION.

EN PROVINCIAS.

Por tres meses, directamente en la Administracion. . . . 24 reales.
 Por comisionado. 26
 ULTRAMAR Y ESTRANJERO, un año, 6 pesos.
 La suscripción empieza siempre en 1.º de mes.

ADMINISTRACION Y REDACCION,
 Huertas, 10, principal.

No se sirve suscripción cuyo importe no se haya recibido en esta Administracion en letra ó sellos de franqueo.

GIL BLAS,

PERIÓDICO POLÍTICO SATÍRICO.

El GIL BLAS de ayer fué denunciado.

Por esta razon no pudo llegar á manos de los suscritores.

Hemos tenido que hacer nueva tirada de la litografía, y nueva impresion, inutilizando los ejemplares que habia en la imprenta

No sentimos el gasto que hemos hecho, sino el retraso con que nuestros suscritores reciben este número.

¡Vivaaaaa!

LAS CAMARILLAS.

(Exámen de historia.)

GIL BLAS.—Un estudiante.—Un perro.

GIL BLAS.—Acercaos, inesperto jóven, y responded sin miedo. Estais lejos del gobierno y frente á frente de la oposicion.

El estudiante.—Señor, le tengo miedo á vuestro perro. —¿Cómo le llamais?

GIL BLAS.—Censura.

El estudiante.—Decidle que no me interrumpa.

GIL BLAS.—Dejaos de tales cuidados. Respondedme á esta pregunta. ¿Sabeis lo que es una camarilla?

El estudiante.—Es una bandada de hombres y mujeres que viven á costa de todo el mundo.

GIL BLAS.—¿Conoceis la historia de esas gentes?

El estudiante.—Poca cosa.

GIL BLAS.—Veamos; ¿cuál es la primera camarilla de que os acordais ahora?

El estudiante.—Me acuerdo de la que hubo allá por los tiempos de D. Alfonso el Sábio. ¡Oh! aquel rey era un gran rey, pero se ocupaba en mirar al cielo, mientras la camarilla de los Haros, los Castros, los Laras y los Mendozas se repartia los bienes de la tierra. ¡Qué quereis! cuando los gobiernos son débiles....

El perro.—¡Guau! ¡Guau!

El estudiante.—Si vuestro perro no calla....

GIL BLAS.—(Al perro). ¡No te impacientes!—Continuad, jóven.

El estudiante.—Poco tiempo despues era rey de España D. Fernando IV. En su tiempo se compusieron las coplas de Mingo Revulgo. Tambien hubo entonces camarilla. Enrique, tio del rey menor y la reina madre, anduvieron á la greña sobre quién habia de hacer mas daño al pueblo, y el pueblo sufría....

El perro.—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

El estudiante.—Dos siglos despues, reinando Don

Juan II, presidió la camarilla el famoso Condestable don Alvaro de Luna. Aquel pagó con la cabeza. Si así sucediera siempre.... ¡Caramba! Vuestro perro vá á morderme!

GIL BLAS.—No temais. Adelante.

El estudiante.—Cuando subió al trono Enrique IV, esquilmo á la nacion D. Juan Pacheco. En tiempo de Felipe III, abusaron de la paciencia española el duque de Lerma, el marqués de Siete Iglesias....

GIL BLAS.—¿Cuántas iglesias habeis dicho?

El estudiante.—Siete.

GIL BLAS.—Bueno.

El estudiante.—El duque de Lerma, el marqués de Siete Iglesias y el monge Aliaga. ¿Y qué diremos del reinado de Felipe IV? Era un poeta como Pastorido; solamente que Pastorido hace comedias, pero no pierde batallas como él las perdió, gracias á la camarilla presidida por el conde-duque de Olivares.

GIL BLAS.—Os vais explicando.

El estudiante.—¿Y qué diremos de la camarilla de Carlos II, compuesta de Nithard, Valenzuela, Portocarrero, Rocaberti, Diaz y otros varios, que eran ni mas ni menos que los vicalvaristas de ogaño? Pues si esto le parece á su merced poco, pase de un salto al reinado de Felipe V, y observe á la princesa de los Ursinos, al cardenal Alberoni, á Riperdá y otros acéfalos incipientes. ¡Ah! ¡tres veces ah! las camarillas han existido siempre para desconsuelo de los pueblos honrados!

GIL BLAS.—Nada de sentimentalismo. Adelante.

El estudiante.—Carlos IV tenia una esposa.

GIL BLAS.—Eso es muy natural.

El estudiante.—Y además tenia un favorito que se llamaba Godoy y fué gefe de otra camarilla que ha dejado memoria.

GIL BLAS.—Seguid.

El estudiante.—Pues bien, D. Fernando VII murió.

GIL BLAS.—Ya lo sé.

El estudiante.—¡Ah! ¿lo sabiais? Y no fué eso lo peor, sino que su camarilla era tan larga, tan larga, tan larga... Monjas, frailes, exclaustros, nobles y plebeyos, todo el mundo arrastraba coche, todo el mundo lucia condecoraciones....

El perro.—¡Guau! ¡Guau! ¡Guau! ¡Guau!

El estudiante.—Vuestro perro se irrita. No puedo hablar....

GIL BLAS.—Le pondré un bozal, y entonces continuaremos. Sois un gran alumno de historia. ¿Quién es vuestro maestro?

El estudiante.—Emilio Castelar.

GIL BLAS.—Admiro su obra. ¿Sabeis que van á desposeerle de su cátedra?

El estudiante.—¿Si? ¿Por qué?

GIL BLAS.—Hijo mio, porque sabe demasiada historia para los tiempos que corren.

EUSEBIO BLASCO.

LA MEJOR POLÍTICA.

Carta que dirige Gil Blas á Don Ramon Maria Narvaez.

Excmo. Sr.: Antes de saludarle con el respeto debido, quiero decirle que yo le tengo por un héroe.

Esto sentado, entremos en materia.

Cuando vucencia lea esta carta, buscará con afan la firma, y se encontrará con GIL BLAS,—un chico impertinente que no tiene mas que una debilidad:—la de sentir por vucencia profunda simpatia.

Hay amores fatales, Excmo. Sr., y el mio me llevará al sepulcro.

No le temo á la muerte;—¡pero separarme de vucencia!

¡Ah! eso nunca. Yo quiero vivir para bendecirle; yo quiero vivir para decir todos los dias en secreto á nuestro gran hombre de Estado:—¡Yo te admiro!

Y ¡quién sabe, Excmo. Sr., quién sabe!

Hoy paso por revolucionario, y quizá mañana seamos colegas de ministerio. Ahí está el Sr. Gonzalez Brabo. Nadie lo diria cuando publicaba *el Guirigay*; ¿no es verdad?

Pues bien, todo se consigue con audacia y pocos merecimientos.

Desde que vucencia está al frente del gobierno, todo en rededor florece.

¿Qué nos falta para ser *perfectamente* felices?

Unas cuantas reformas que yo vengo decidido á indicar á vucencia.

En primer lugar ¿de qué sirven las Cortes?

Vucencia ha dicho que con ellas no se puede gobernar; y como España no desea otra cosa sino que vucencia la gobierne, sacamos en conclusion que las Cortes nos estorban.

Partiendo del principio de que vucencia piensa, y de que lo que piensa vucencia pasa á las Cortes en forma de decreto, y de que los decretos de vucencia han de ser aprobados por nuestra compacta mayoría,—abreviemos los trámites, Excmo. Sr., y cortemos de raiz ese arbusto que se llama Parlamento, á cuya enana sombra se permiten algunos echarnos en cara la ruindad de nuestros planes.

Yo sé que vucencia no teme la discusion; yo tampoco.

Vucencia con la espada de Arlaban y el Sr. Castro con los versos del Dante, sobran para confundir á los eternos enemigos del orden, los que no vacilan en atacar diariamente los objetos mas caros á los españoles, esto es, los ministros,—(porque, la verdad sea dicha, entre nosotros, Excmo. Sr., lo que más nos cuesta es el gobierno.)

Una vez planteada esta reforma, la emprendemos con los periódicos.

Yo quiero que me diga vucencia para qué sirven los periódicos. Para maldita de Dios la cosa, si no es para dar disgustos á los pobres ministros, que pasan los días y las noches desvelándose por hacernos felices.

Yo recuerdo un periódico ó *cosa así*, que se propuso hacer un *Paralelo* entre vucencia y el duque de la Victoria.

Y lo peor del caso es que tenía gracia.

¡Aun me parece que lo estoy leyendo, Excmo. señor!

Ponderaba mucho el escritor las hazañas del Duque de la Victoria, y terminaba siempre con este estribillo:

Narvaez en tanto seguía de cadete.

Volvía á hablar de Espartero, y Narvaez *siempre de cadete.*

Pasaban años, Espartero llegaba á general, y Narvaez *seguía de cadete.*

Vamos, que esto es para cargar al Adam que han puesto en la escalera del ministerio de Fomento, cuanto mas á un ministro.

Nada, es menester acabar con los periódicos, pero de golpe y porrazo. Para hacer el bien no se debe perder tiempo. Publicaremos por real decreto la ley del Sr. Gonzalez Brabo, y no quedará periódico con cabeza en España.

Verá vucencia qué contentos se ponen los carlistas que han dejado de serlo, y los que continúan siéndolo.

Luego daremos una ley de orden público que acabe de arreglar lo que falta.

Se cerrarán los cafés á las once de la noche.

No se permitirán en las calles grupos que pasen de dos personas.

Se mandará que desde los púlpitos se inculque en las masas el santo ódio á los liberales,—si queda alguno.

Estas son las reformas que la opinion pública reclama por el momento.

Lo demás vendrá despues.

Yo, que tengo á vucencia por el primer hombre de Estado,—y de calañés,—que han producido los campos de Loja, me atrevo á aconsejarle lo que estimo mas conveniente á su buen nombre.

Despues de esto, vucencia puede retirarse tranquilo del poder.

Siento mucho que no haya con que recompensar sus merecimientos. ¡Todo se lo hemos dado ya! Grados, títulos, condecoraciones, ocho millones de regalo, ¡y hasta las gracias!

Pero qué recompensa iguala, Excmo. Sr., en un alma grande, á la satisfaccion de decirse á sí propio, al dejar el mando, estas elocuentes palabras:

—«Ahora que venga otro, y á ver si lo hace peor que yo.»

Con este motivo, tengo el honor—única cosa que ya me queda,—de saludar á vucencia, á quien vuelvo á repetir que le tengo por un héroe.

GIL BLAS.

Por la copia.

Luis Rivera.

EN LOS CAMPOS ELISEOS.

Fragmento.

Estos, Fabio, ¡oh placer! que ves ahora campos de amenidad, fresco collado, fueron un tiempo posesion ruinosa; allí Barbieri, músico afamado, en ópera excelente un diablillo alemán mostró á la gente; allí la muchedumbre á bailes fué con loco desvarío, y trémula de frio en vez de polkas demandaba lumbre.

Mas allá, sin temor á los cencerros, literatos y artistas celebraron corridas de becerros, en que un hijo de Albion ¡prodigio humano! mató un toro mejor que Cayetano.

En mesas bien provistas almorzaron allá los progresistas, y con frase discreta y ademan que mostraba su quebranto, un orador poeta las perlas de su llanto derramó por la blanca servilleta.

Allí, en fin, en nocturna batahola gozaron los espléndidos mortales del tiro de pistola, fuegos artificiales, montaña rusa, baños de agua clara; ¡y todo por un ojo de la cara!

Hoy en ese encantado paraíso comer no pueden veinte y dos personas sin demandar permiso..... ¡delicioso país el de las monas!

Solo quedan memorias funerales de tantas alegrías, todo por no ser tú la que solias, ¡oh patria de los bienes.... nacionales que se comió el gobierno en pocos días!

Este prado fué cerro, aquel rastrojo, el que miras peral, era alcornoque, que en la piedra de toque suele quedarse blanco mas de un rojo.

No busques, pues, ni aquí ni en parte alguna lo que ayer te dió afanes; ya desagua en el Ebro la laguna, ya los micos se han vuelto orangutanes.

Lo que nadie creía lo está anunciando ya la mayoría:

—*las leyes que de antiguo nos rigieron de D. Ramon al peso se infringieron.*

M. DEL PALACIO.

ESCENAS CÓMICAS.

En ocho días que han pasado desde la última vez que GIL BLAS se paseó por España con permiso del gobernador de Madrid, han sucedido en España, y aun en Europa, sucesos muy cómicos.

Por ejemplo; la sociedad del *índice* ó del *menique* (que en esto no estoy bien enterado) ha condenado el libro del joven escritor D. Luis Bonaparte.

Esto es providencial; esto es sublime.

Luis Bonaparte, que ha prohibido libros y periódicos y todo género de impresos, se ve entre el índice y la pared, como si digéramos, entre Alejandro Dumas y Ceferino Tresserra, confundido entre dos ó tres millones de escritores cuyas obras han tenido la desgracia de no agradar al sacro colegio.

Quisiera yo ser *Julio César* cuando se encuentre frente á frente de *La dama de las Camelias* y le pregunte:—¿Quién eres, preciosa niña?

A lo cual responderá ella seguramente:—Soy una de las hijas de Alejandro Dumas, hijo.

—¿Vales mucho?

—Un napoleon.

—Lo mismo valgo yo y desciendo de sangre imperial.

—¡Ah! ¿tú eres César?

—Sí, César... trasnochado.

—Pues tu existencia ha sido muy efímera. Ahora puedes hacerme el dúo.

¡Gran Dio, morir si giovane!

Y Julio César acabará por creer que en el *Índice* no se pasa muy mal el rato.

Otro suceso verdaderamente admirable es el siguiente:

Don José Gutierrez de la Vega, gobernador de Madrid y fundador de *El Leon Español*, ha dirigido una circular *confidencial* á los alcaldes, suplicándoles

de una manera insinuante que se suscriban al *Leoncito*.

«Debe Vd. considerar este periódico como cosa suya,» dice el amable director á los alcaldes.

¡Ya lo creo! podrán decir los alcaldes echándose mano al bolsillo del chaleco.

Sin poderlo remediar me acuerdo ahora de una escena del *Postillon de la Rioja*, en la cual dice Allú:

«A este gobernador le falta algo.»

Otra escena graciosa es la que ha ocurrido en el Senado.

La union liberal apechuga con la determinacion del gobierno respecto de Santo Domingo.

Todo se ha perdido, menos la dignidad, puede decir la union liberal.

Y puede añadir:

—No se ha perdido ahora la dignidad, porque ya hace mucho tiempo que se la llevó Pateta.

O'Donnell se va á Somosaguas exclamando:

Solo en la paz de los sepulcros creo,

y esto es lo mejor que ha dicho en su vida, porque al oír *sepulcros* cuentan que la conciencia política de Don Luis se limpió la cara.

Por último, escena de efecto. Todos los alcaldes que al recibir la noticia del *Rasgo* se entusiasmaron, se han encontrado sin comerlo ni beberlo, con una cruz de Isabel la Católica, de que les hace gracia el gobierno.

Desde que he visto las terribles consecuencias que puede tener un alegion, he renunciado á entusiasmarme.

Una caricia de este gobierno es siempre una carga y una pension.

¡Tiene uno ya tantas cruces!

GIL BLAS.

LA VIDA DE JULIO CESAR.

El joven escritor D. Luis Bonaparte, hijo de otro, y célebre por sus humorísticos artículos sobre el proletarismo, acaba de dar una nueva prueba de su relevante talento y de su pirotécnica imaginacion.

La vida de Julio Cesar es muy larga de contar,

Y sin embargo, *cependant*, como diria el joven autor, la vida de aquel gran capitan ha sido contada en un libro de regular tamaño.

¡Pero qué libro, señores, qué libro!

No es un libro mayor, ni un libro diario, ni un libro de caja siquiera. Es un libro de balance.

Mejor dicho, de balanceo.

Luis Bonaparte sabe que la cuerda se rompe por lo mas delgado. Tenia el alma en un cordel, por no decir en un hilo, y ha dicho:

—«Hagamos un libro á imagen y semejanza nuestra; balanceémonos en brazos de la opinion pública; allá va eso.»

Y *fiat*; apareció la vida de Julio Cesar y se vendieron en Francia miles de ejemplares. En España es tanta la popularidad de su apreciable autor, que se han despachado ya lo menos 10 ejemplares.

No trato de ocuparme de todo lo que el libro dice. Seria cuento de nunca acabar, y mis lectores se echarian á dormir.

Quiero fijarme en una frase.

Luis Bonaparte, ó Mr. de Mocquard, que es lo mismo, asegura que el despotismo es providencial, ó lo que es igual, en buen romance, que la Providencia

GIL BLAS



LA PRIMAVERA SE RETRAE

- ¿Dónde vas, desgraciada?
— A España
— ¿No sabes que manda el General Narvaez?
— ¡Horror! me vuelvo á mi casa.

tiene formal propósito de hacer pesar sobre los pueblos la opresion y la tiranía constantemente.

Esto ya es algo. Esto ya es decir:

—«Aquí estoy yo, D. Luis Bonaparte, autor de aquellos artículos socialistas, y de los derribos de los *boulevares*. Aquí estoy yo, D. Luis Bonaparte, hijo de mi papá, emperador por la gracia de Dios y por la mia, que no es poca. Aquí estoy yo, mucho cuidado con lo que se hace, señores franceses!»

Y el pueblo francés agota las ediciones de la obra magna, y los periódicos franceses no pueden publicar una sola caricatura del hombre de Ham, y el siglo va marchando adelante.

El autor de este libro me parece un *bourgeois* algo enfatuado con su posicion. Es como el bebedor de ajeno, que cuando se exalta, amenaza con el puño cerrado.

Es como un *bisoutier* que vende soldados de plomo

y ve que los soldados se derriten y le queman las manos.

La vida de Julio César es un bonito libro, muy bien impreso, sin erratas de ninguna clase, y encuadernado á la holandesa.

Tambien hay egemplares en pasta con cantos dorados.

Si Luis Bonaparte cree que la *vida de Julio Cesar* es un licor antítesis de *l'absynte*, es decir, que cure el hambre de los obreros de París, me veo en el caso de decirle que se dé una vuelta y hablaremos.

Si Luis Bonaparte cree que los hijos de las víctimas del 2 de Diciembre han quedado satisfechos con el librito, me creo obligado á decirle que eso es una ilusion de escritor.

Cuando el pueblo de París haya saboreado las deliciosas frases de ese libro, Luis Bonaparte hará como

que duerme sobre sus laureles. Y entonces, al verle en ese sopor de gloria sumergido, puede que haya quien pregunte como en otros tiempos:

—¿Duermes, Capeto?

EUSEBIO BLASCO.

¡PERFECTAMENTE!

Los vientos de marzo han continuado soplando con fuerza.

¡Ingratos! Ni siquiera han tenido la atencion de calmarse mientras leíamos el prospecto del periódico *Los Tiempos*.

El Sr. Botella acudió por la noche al ministerio de la Gobernación.

En cuanto le vió Gonzalez Brabo le dijo:

—¿Qué tal?

—¡Furor!

—Perfectamente, añadió el ministro pasándose la mano por el bigote.

—No sabe Vd. el efecto que hemos hecho. Hoy no se habla de otro cosa que de *Los Tiempos*; pero el párrafo que ha entusiasmado á todos, es aquel de Vd. sobre los *Contemporáneos*, que están los pobres que trinan.

—Lo creo; estarán perfectamente confundidos.

—Aquello de *liberales prácticos* es un golpe maestro.

—¿Y la significación de los tiempos tomada por la cadena que enlaza lo antiguo y lo moderno?

—Esa cadena han creído algunos que es alusión á la ley de imprenta.

—No haga Vd. caso.

—Yo, ¿qué he de hacer caso mientras Vd. sea ministro y yo director?

—Eso es lo positivo.

—Y lo práctico.

—¿Vé Vd. como la libertad práctica es la mejor?

Aquí se abrazan entusiasmados los autores del prospecto.

—Con que, vamos, continúe Vd. hablando de nuestra obra.

—Calle Vd., hombre, calle Vd. por Dios: la gente está loca, perfectamente loca.... ¡Ah! perdón Vd. si me he atrevido á quitarle su palabra favorita.

—Es que se vá Vd. identificando con mi estilo.

—Eso no es posible. ¡Vd. tiene mucho talento, Don Luis! ¡D. Luis, Vd. tiene mucho talento!

—Ya lo sé.

—Mire Vd. que se lo digo yo.

—Si por algo me envanece el elogio, es por que viene de Vd., el joven de mas talento que conozco...

—¡Ah!

—¡Oh!

—Cuando le digo á Vd. que nos vamos á eternizar en el poder...

—¡Ay, querido Botella! Ese es mi pio día y noche, sábelo Dios. Mire Vd.,—en confianza,—yo haré todo lo preciso por estar bien, perfectamente bien con el duque...

—Basta, comprendo.

—¡Y qué demonio! si algun día caigo, que no sea por culpa mia. Porque yo creo que de estas ocasiones entran pocas en libra.

—Es claro. Agárrese Vd. á la breva y no suelte sino con la vida.

—En eso estoy; sino, hace tiempo que hubiera echado los trastos á rodar. Solo de este modo se pueden llevar en paciencia las tonterías del duque.

—¡Ah! Volviendo al proyecto, quiero decir á Vd. que se nos ha escapado una errata.

—¿Cuál?

—Yo se lo diré á Vd. En aquel párrafo sandunguero que empieza *Estamos con quien estemos*, se elogia mucho la independencia personal como base de nuestra política. Tanto que se acaba por decir *queremos en punto á personas proceder con absoluta independencia, pero con completa lealtad, sea cual fuere el respeto que nos merezcan y la amistad con que nos honren y les tengamos.*

—Perfectamente.

—¡Ya! pero mas adelante se echa aquella pulla á los del *Contemporáneo* porque no se subordinan á nuestras ideas, cuando ellos precisamente quieren en punto á personas proceder con absoluta independencia.

—Hombre, es verdad, contradecirse en un mismo artículo...

—Y en el prospecto...

—¡La costumbre, la maldita costumbre! Esto de tener que decir hoy una cosa, mañana otra...

—En lo sucesivo tendremos cuidado.

—Si, encárguese Vd. de eso; por hoy no nos acordemos mas que de nuestro triunfo.

—¡Y qué triunfo! ¡Vd. tiene mucho talento, Don Luis! ¡Don Luis, Vd. tiene mucho talento!

—Si admito el elogio es porque lo hace Vd., el joven de mas talento que conozco.

—¡Oh!

—¡Ah!

Y se abrazan de nuevo.

LUIS RIVERA.

CABOS SUELTOS.

La poetisa Sra. Sinués de Marco piensa publicar en breve un periódico titulado: *El reino de los niños*.

Cuéntase que D. Ramon y el interesante Alcalá Galiano, han consultado sobre si debía ó no prohibirse dicha publicación.

En España, decía D. Antonio, no puede haber mas que un reino. Si hasta á los niños les permitimos levantar cabeza, ¿donde iremos á parar?

Y D. Ramon contestaba:

¡Er reino ó los niños! ¿Será ezo alguna triquiñuela pa tratarme á mí como un chiquiyó?

El periódico *Los Tiempos* será el barómetro de la situación.

Cuando el periódico *trueque*, será señal de que Don Luis Gonzalez Brabo está *abroncao*.

Cuando el periódico esté *calorosamente* entusiasmado, será señal de que D. Luis Gonzalez Brabo está satisfecho, y dándose golpecitos en la panza.

Cuando el periódico esté frio, será señal de que D. Ramon se *escama*.

Ya nose dirá mas la frase de: ¡Qué tiempos aquellos! Ahora dirá todo español. ¡Qué *Tiempos* estos!

Todo el mundo renegará de *Los Tiempos* de Don Luis Gonzalez Brabo.

He leído en un periódico de provincias que el señor Aparisi y Guijarro vierte *perlas* de elocuencia. Bien se pudiera, al oír esto, parodiar cierta coplilla antigua:

—Me han dicho que viertes perlas.

—Sí señor; yo así lo creo, mas... como las vierte un *neo* nadie se baja á cogérlas.

Hace pocos dias ocurrió en la tesorería de esta corte un lance muy curioso. Despues de haberse hecho algunos pagos, tocó el turno á dos oficiales, habilitados de algun cuerpo sin duda, los cuales, al disponerse á cobrar, recibieron el aviso de que podian retirarse, porque se habia acabado el dinero.

Pero ellos no entendieron de razones, y se alborotaron pidiendo se les dejara entrar á convencerse de la verdad. Indudablemente, los tales oficiales serán forasteros; porque de otro modo ¿quién duda cuando oye decir que el gobierno no tiene un cuarto?

En la estacion en que nos encontramos, dice *Las Noticias* hablando de la dimision del general Córdova, es un verdadero peligro entregarse á los trabajos de un ministerio.

Hola ¿con que según eso hay ya estacion para los ministros, como las hay para los melones y los espárragos? Bueno es saberlo.

Por lo demás, efectivamente, nos hallamos en una mala estacion; tan mala, que solo se la puede comparar con la del ferro-carril del Norte.

Ya es cosa decidida que el señor Castelar será despojado de su cátedra. Para cuando esto suceda, le recomendamos abra en su casa un curso de historia, seguro de que no han de faltarle discípulos, sobre todo si se dedica á explicar la contemporánea.

GIL BLAS promete para si esta historia se publica, ponerle unos temas en verso por el estilo de aquellos del padre Isla:

Libre España, feliz é independiente.....
(no lo será jamás con esta gente.)

¡La emigracion española á la Argelia!
Llama mucho la atencion que de nuestras provincias orientales hayan emigrado ya mas de cien mil personas...

Y es muy natural, ciudadanos.

¡Con franqueza! ¿se puede vivir en España?

La emigracion reconoce tres causas:

- 1.^a Un mal gobierno.
- 2.^a Un gobierno caro.
- 3.^a Un gobierno caro y malo.

El general Córdova ha hecho *múltis*.

Primero le dolia la cabeza,

Luego el vientre,

Y por último la conciencia política.

Así es que para curarle, le ha mandado el médico dieta de Parlamento y guardarse de los malos vientos que ahora reinan,—los del golpe de Estado.

La verdad es que el general Córdova,—si efectivamente deja el ministerio por un resto de pudor liberal,—hace tiempo que debió retirarse.

Pero estos renglones tienen para mí la fuerza de diez años.

El general Córdova en 1854 ametralló al pueblo de Madrid que luchaba por la libertad y la moralidad pública.

El general Córdova en 1865 se separa del gobierno porque es mas reaccionario que él.

¡Digo, será liberal este gobierno!

Un amigo mio se ha suscrito á *Los Tiempos*.

—¿Eres ministerial? le pregunté yo.

—No; pero como el director es Botella, todos los dias al leerlo, me haré la cuenta de que me echo un trago.

Vuelve á hablarse de Italia.

Lo mas gracioso es que los vicalvaristas están ahora por el reconocimiento de Italia.

Ellos saben muy bien donde está la dificultad, y por eso aprietan.

Parece que el *Indice* romano ha prohibido ó piensa prohibir la *Vida de Julio César*.

Este *indice*, por meterse en todas partes, se va á meter en la boca de Napoleon. Ahora veremos si este es hombre que se mama el *indice*.

El famoso orador Mr. Thiers ha elogiado en la Cámara francesa la política de Gonzalez Brabo. Siempre ha tenido acierto para estas cosas el elocuente historiador. Estoy seguro que en este punto Luis Felipe era de la opinion de GIL BLAS.

El destrozo que últimamente se ha hecho en los árboles del Retiro, ha arrancado á la mayor parte de la prensa un grito de dolor y de cólera. Les ha sucedido á aquellos castaños lo que á los progresistas; ha sido menester que estén caidos para que se aprecie lo que valen. Todo el mundo echa ahora de menos su deliciosa sombra, de la que casi nadie se aprovechaba. ¡Cómo si mandando Narvaez se necesitara mas sombra que la suya! Dejad que publique su ley de imprenta, su ley de órden público, sus leyes, cualesquiera que sean, y yo os aseguro, amados colegas, que no necesitareis el Retiro para estar á la sombra. Además los árboles no tienen solamente esta mision; sirven tambien para leña, y esto se paga mejor que lo otro.

De ministro de la Guerra entró el general Rivero, cuya historia aquí se encierra:—ha corrido mucha tierra, y habla... casi como Armero.

GALERIA DE CONTEMPORANEOS.

Número 9.

Há tiempo entró á servir, y hoy es el amo; tiene de aduladores un enjambre; á unos quita el honor, á otros el hambre, y no sé qué les da, pero me escamo.

De sus necios proyectos al reclamo hizo á muchos bailar en el alambre; y de un amor antiguo, ya fiambre, siervo es, y aun algo mas que no le llamo.

Coco le juzga quien le trata poco; cuco, quien le conoce desde chico; caco, quien mártir fué de su descoco; Quico, el que con sus dones se hizo rico; y yo que ni le miro ni le toco, coco le encuentro, y cuco y caco y Quico.

MENESTRA.

Machuca, tus obras dan al público tales ratos, que cuantos á verlas van repiten aquel refran: *zapatero, á tus zapatos.*

Obra que tanto me cargas, por tus sátiras amargas y tu forma nueva y cuca, te encuentro digna de un Vargas y mas digna de un Machuca.

El empresario del teatro Real ha dispuesto, por complacer al público, que los dos partidos que encerraba en su seno, *turnen* pacíficamente en el poder. ¡Qué leccion tan elocuente para los gobiernos!

Hemos oido decir que el elefante está muy quejoso del recibimiento que se le ha hecho en Madrid. ¡Hombre! ¡si esperaria que fueran á verle las autoridades!

Por todo lo no firmado,
EUSEBIO BLASCO.

EDITOR RESPONSABLE, J. ANTONIO GARCIA.

Imprenta del mismo, Almirante, 7, bajo.
MADRID.—1865.